

Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

ORACION COLECTA:

“Dios y padre nuestro, que en la Sagrada Familia nos ofrece, es un verdadero modelo de vida concédenos que imitando en nuestros hogares las mismas virtudes y unidos por el amor, podamos llegar todos juntos a gozar de los premios eternos en la casa del cielo” Por nuestro Señor Jesucristo, Tu hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

Las fiestas de fin de año suele ser un tiempo de reunión familiar, una oportunidad para mirarnos en el espejo de la S. Familia. Que virtudes ya tenemos en la Familia, en qué nos falta crecer?

Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual nos habla

Mateo 2,13-15.19-23

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

PENSAMOS JUNTOS, algunos aspectos del texto que, conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

Un modelo para las familias cristianas

Terminamos los domingos del año civil con una fiesta entrañable. En el ambiente de la Navidad recordamos a la familia de Jesús, María y José en Nazaret. Es una fiesta reciente (tiene poco más de un siglo de existencia): fue establecida por el papa León XIII para dar a las familias cristianas un modelo evangélico de vida.

La oración colecta expresa muy bien esta finalidad. Afirma que la familia de Nazaret es un "maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo", para que imitando "sus virtudes domésticas y su unión en el amor", podamos llegar a "gozar de los premios eternos en el hogar del cielo" (en latín dice, y mejor: "in laetitia domus tuae", en la alegría de tu casa).

En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios que "guarde nuestras familias en tu gracia y en tu paz verdadera". **Y en la poscomunión**, que "después de las pruebas de esta vida, podamos gozar en el cielo de tu eterna compañía".

Las lecturas primera y segunda, que ahora tienen lecturas diferentes para los tres ciclos, nos presentan ejemplos de virtudes domésticas. El evangelio nos recuerda escenas de la infancia de Jesús, en torno a la familia de Nazaret.

En este ciclo A leemos las lecturas más clásicas, las que están en primer lugar, tal vez las mejores. En unos tiempos en que la familia humana y cristiana es puesta en peligro incluso en su misma institución, es bueno que escuchemos lo que la Palabra bíblica nos dice acerca de ella.

Eclesiástico 3, 2-6.12-14. *El que teme al Señor honra a sus padres* El libro del Eclesiástico, uno de los últimos libros sapienciales del AT, se llama también Sirácida, porque lo escribió Jesús Ben Sira, o hijo de Sira, unos doscientos años

antes de Cristo. El pasaje de hoy habla de las relaciones entre hijos y padres. El que honra a sus padres, dice el sabio, recibe una serie de beneficios: expía sus pecados, acumula tesoros, se llena de alegría y, cuando ora, es escuchado por Dios, que además le concede larga vida. Añade un toque de realismo: un buen hijo no abandona a sus padres tampoco cuando se hacen viejos y "aunque flaquee su mente".

El salmo también habla del ambiente familiar: con la mujer al frente de la casa, como "parra fecunda", y los hijos en torno a la mesa, gozando todos de la bendición de Dios.

Colosenses 3,12-21. *La vida de familia vivida en el Señor.* En la carta que escribe Pablo a la comunidad de Colosas (en Frigia, actual Turquía), les presenta un programa ideal de vida comunitaria. Su "uniforme" -el vestido que les distingue de los demás- debe ser misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Pablo desciende también a una ejemplificación en el ámbito de la familia: las relaciones entre marido y mujer, y entre padres e hijos. A la vez, los cristianos deben permanecer en la acción de gracias (¿alusión a la eucaristía?), dando primacía a la Palabra, y orando con cantos, salmos e himnos.

Mateo 2,13-15.19-23. *Toma al niño y a su madre y huye a Egipto.* Mateo nos cuenta el episodio de la huida de la familia de Jesús a Egipto, escapando de la persecución de Herodes: una de las escenas más populares del evangelio, aunque no sabemos de ella tantos detalles como desearíamos tener, y que ya se encargaron de rellenar en parte los evangelios apócrifos. Egipto, también provincia romana, estaba fuera del alcance de Herodes. Cuando muere este, José recibe el aviso de que puede volver de nuevo a su tierra. Obediente a las indicaciones del ángel -como el evangelio resalta varias veces-, vuelve al país de Israel, pero no a Belén, sino a Nazaret, sobre todo porque el sucesor de Herodes, Arquelao, parecía tener las mismas aviesas intenciones.

El objetivo de Mateo, a lo largo de su evangelio, es subrayar que en Jesús se cumplen las profecías y anuncios del AT. Aquí también lo dice. Si Jesús ha tenido que ir a Egipto y luego volver, es para que se cumpla lo que dijo el profeta: "llamé a mi hijo para que saliera de Egipto". También lo de ir a vivir a Nazaret lo interpreta Mateo como cumplimiento del anuncio: el Mesías será llamado "nazareno". El pueblecito de Nazaret se ha hecho famoso después, por ese Jesús que ha sido el "Nazareno" más importante de toda la historia.

Programa de vida de familia De la familia de Nazaret -a la que siempre nos deberíamos acercar con un infinito respeto, porque está sumergida en el misterio de Dios- no sabemos muchas cosas. Pero una cosa sí es segura: el Hijo de Dios quiso nacer y vivir en una familia, y experimentar nuestra existencia humana, por añadidura en una familia pobre, trabajadora, que tendría muchos momentos de paz y serenidad, pero que también supo de estrecheces económicas, de emigración, de persecución y de muerte. Esta familia de Nazaret aparece como un modelo amable de muchas virtudes que deberían copiar las familias cristianas: la mutua acogida, la comunión perfecta, la fe en Dios, la fortaleza ante las dificultades, el cumplimiento de las leyes sociales y de la voluntad de Dios.

El programa que aparece en los textos de esta fiesta vale para las familias, para las comunidades religiosas, para las parroquias, para la humanidad entera. Nos irían bastante mejor las cosas si en verdad los hijos cuidaran de sus padres siguiendo los consejos del Sirácida. Y si en nuestras relaciones con los demás vistiéramos ese "uniforme" del que habla Pablo: misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Los consejos de Pablo parecen pensados para nosotros: "perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro... que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón... y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada". Pablo conocía bien las dificultades de la convivencia humana.

La fiesta de hoy no nos da soluciones técnicas para la vida familiar o social, pero nos ofrece las claves más profundas, humanas y cristianas, de esta convivencia. Habrán cambiado las condiciones sociales y el modo de relacionarse padres e hijos en comparación con las que describía el libro del Sirácida o el mismo Pablo en su tiempo. Ahora, por ejemplo, se tienen mucho más en cuenta los derechos de cada persona, y el papel de la mujer, como esposa y madre, es muy diferente del de hace siglos. Pero los principios y los valores principales siguen ahí: el respeto mutuo, el amor, la solidaridad, la tolerancia, la ayuda mutua.

Cuando los padres se hacen viejos y hay que cuidarlos. Ben Sira nos traza un pequeño tratado sobre el comportamiento de los hijos para con sus padres. Casi como un comentario o glosa del cuartomandamiento: "honrarás al padre y a la madre". El marco social ha cambiado, pero la norma que él da sigue en pie: atender a los padres, honrar padre y madre. También sigue actual para las familias y para las comunidades religiosas el detalle que el sabio del AT apuntaba respecto a los padres ancianos, a los que ya "les flaquea la mente". Él no sabía nada del mal de Alzheimer, pero parece describirlo. Y nos invita a extremar nuestro amor a los mayores precisamente en esas

circunstancias. Es fácil tratar bien a los padres cuando son ellos los que nos ayudan a nosotros porque dependemos hasta económicamente de ellos. Y difícil cuando ya no se valen por sí mismos y son ellos los que dependen de nuestra ayuda.

El Catecismo de la Iglesia Católica, citando precisamente el pasaje del Sirácida que hoy leemos, concreta el "cuarto mandamiento" recordando a los hijos sus responsabilidades para con los padres: "Cuando se hacen mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres... La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que les es debido, que permanece para siempre... En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento"

También con fe y oración. Este programa de vida familiar y comunitaria no es nada fácil. Y no se puede basar sólo en una filantropía humana, o en motivos de interés o de mera convivencia civilizada, sino sobre todo en la fe, en la oración, en la certeza de sabernos todos amados por Dios. Para una vida familiar y comunitaria sólida necesitamos la fe, porque el motivo último de este amor que se nos pide es el amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo, y que estos días se nos ha manifestado de un modo más explícito. Ya Ben Sira ponía como motivo fundamental del amor a los padres la mirada hacia Dios: "el que honra a su padre, cuando rece será escuchado; al que honra a su madre, el Señor le escucha". Cuando Pablo invita a las mujeres, a los maridos y a los hijos a superar las dificultades que puedan encontrar y a vivir en paz y armonía, no se basa sólo en que debemos convivir civilizadamente unos con otros, sino que añade una pequeña pero significativa expresión: "en el Señor".

Necesitamos la ayuda de Dios. Pablo, a los Colosenses -a nosotros- nos invita a no descuidar la acción de gracias (Eucaristía), a dar el debido lugar a la Palabra de Dios, a dar sentido a nuestra vida con la oración y el canto de salmos e himnos. Una agrupación humana, sea la familia o una comunidad religiosa, no puede superar las mil dificultades que encuentra para la convivencia, si no es también con la ayuda de Dios. Si existe esta apertura hacia Dios, entonces sí se puede creer que es posible lo que Pablo recomienda a los Colosenses: que en la vida, "todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús". El programa de Pablo es claro y concreto, pero difícil de cumplir cada día, como todos hemos experimentado más de una vez.

Es interesante que los tres miembros de la familia de Nazaret son presentados a lo largo del evangelio como personas que se distinguen por su escucha de la Palabra. José, cuando despierta, cumple lo que le había dicho el ángel de parte de Dios. María contesta en su diálogo con el ángel: "hágase en mí según tu palabra". Y Jesús afirma que debe estar en las cosas de su Padre y en toda su vida aparece siempre atento a cumplir la voluntad de Dios.

Una familia que cada domingo acude a celebrar la Eucaristía tiene un apoyo consistente, en la escucha de la Palabra y en la comunión con Cristo como su alimento, para su camino de convivencia y de crecimiento humano y cristiano. Así es como crece más expresiva y testimonialmente como una "iglesia doméstica" (LG 11).

Jesús comparte las dificultades de los emigrantes. También puede resultarnos una lección actual el episodio de la marcha de esta familia a Egipto y su vuelta a la muerte de Herodes. Jesús, con sus padres, experimenta y actualiza en sí mismo la historia del pueblo de Israel en su marcha a Egipto, en su éxodo y su vuelta a la tierra prometida. Como hacía siglos Jacob y sus hijos emigraron a Egipto huyendo del hambre, y luego sus descendientes volvieron a la patria tras un largo proceso de éxodo y peregrinación por el desierto, así ahora Jesús revive en su misma persona este éxodo solidarizándose con la historia de su pueblo. La vida de una familia comporta a menudo momentos de tensión interna o externa, como los que leemos en el evangelio de hoy. José tuvo que decidirse a tomar a su mujer y a su hijo y huir a Egipto, con todo lo que eso supone de incomodidades de viaje y de estancia en un país extranjero, sin conocer a nadie ni hablar su lengua. Y, de nuevo, la vuelta a su patria, instalándose en Nazaret.

No serían las únicas dificultades que pasaría esta familia. Ya se le anunció a María que una espada de dolor atravesaría su alma. Y cuando perdieron al hijo en el Templo sufrieron la angustia de la búsqueda y la incompreensión del lenguaje de Jesús. Por eso, la Familia de estas tres inefables personas nos resulta un modelo de armonía y de fidelidad a Dios tanto en los momentos de gozo como en los de dolor, incluidos los que pasaron como emigrantes o prófugos.

Una familia más santa, fruto de la Navidad. A la vez que seguimos meditando y celebrando el misterio del Dios hecho hombre, nos miramos hoy al espejo de la Sagrada Familia para mejorar el clima de la nuestra. Precisamente ahora en que tantos interrogantes se levantan contra la institución de la familia humana y cristiana, en un tiempo en que tal vez más que en otros sentimos las dificultades de la convivencia familiar y se multiplican los ejemplos de violencia doméstica, y también se ve más difícil que en otros tiempos la estabilidad de nuestras opciones y relaciones, la Palabra de Dios ilumina desde la luz cristiana y navideña la realidad de nuestras familias. Ojalá las nuestras imiten

esas consignas de unión y mutua acogida y tolerancia que escuchamos en las lecturas de hoy, basadas también en la referencia necesaria a Dios.

Y ojalá también que miremos con ojos más amables a los inmigrantes que vienen a Los relatos evangélicos no ofrecen duda alguna. Según Jesús, Dios tiene un gran proyecto: construir en el mundo una gran familia humana. Atraído por este proyecto, Jesús se dedica enteramente a que todos sientan a Dios como Padre y todos aprendan a convivir como hermanos. Este es el camino que conduce a la salvación del género humano. Para algunos, la familia actual se está arruinando porque se ha perdido el ideal tradicional de «familia cristiana». Para otros, cualquier novedad es un progreso hacia una sociedad nueva. Pero, ¿cómo es una familia abierta al proyecto humanizador de Dios? ¿Qué rasgos podríamos destacar?

Amor entre los esposos. Es lo primero. El hogar está vivo cuando los padres saben quererse, apoyarse mutuamente, compartir penas y alegrías, perdonarse, dialogar y confiar el uno en el otro. La familia se empieza a deshumanizar cuando crece el egoísmo, las discusiones y malentendidos.

Relación entre padres e hijos. No basta el amor entre los esposos. Cuando padres e hijos viven enfrentados y sin apenas comunicación alguna, la vida familiar se hace imposible, la alegría desaparece, todos sufren. La familia necesita un clima de confianza mutua para pensar en el bien de todos.

Atención a los más frágiles. Todos han de encontrar en su hogar acogida, apoyo y comprensión. Pero la familia se hace más humana sobre todo cuando en ella se cuida con amor y cariño a los más pequeños, cuando se quiere con respeto y paciencia a los mayores, cuando se atiende con solicitud a los enfermos o discapacitados, cuando no se abandona a quien lo está pasando mal.

Apertura a los necesitados. Una familia trabaja por un mundo más humano cuando no se encierra en sus problemas e intereses, sino que vive abierta a las necesidades de otras familias: hogares rotos que viven situaciones conflictivas y dolorosas, y que necesitan apoyo y comprensión; familias sin trabajo ni ingreso alguno que necesitan ayuda material; familias de inmigrantes que piden acogida y amistad.

Crecimiento de la fe. En la familia se aprende a vivir las cosas más importantes. Por eso es el mejor lugar para aprender a creer en ese Dios bueno, Padre de todos; para ir conociendo el estilo de vida de Jesús; para descubrir su Buena Noticia; para rezar juntos en torno a la mesa; para tomar parte en la vida de la comunidad de seguidores de Jesús. Estas familias cristianas contribuyen a construir ese mundo más justo, digno y dichoso querido por Dios. Son una bendición para la sociedad.

La Sagrada Familia de Nazaret se presenta como un **modelo evangélico de vida** y un "maravilloso ejemplo" diseñado para que las familias actuales imiten sus **virtudes domésticas y su unión en el amor**. Aunque las condiciones sociales han cambiado desde los tiempos bíblicos, los principios de respeto mutuo, amor y solidaridad que ellos encarnan siguen siendo fundamentales.

A continuación se detalla cómo este modelo responde a las dificultades actuales:

- **Fortaleza ante la precariedad y la migración:** La familia de Jesús no fue ajena a las crisis; experimentó **pobreza, estrecheces económicas, persecución y emigración** al tener que huir a Egipto como refugiados. Su capacidad para mantener la armonía y la fidelidad a Dios en medio de la inseguridad sirve de guía para las familias que enfrentan tensiones externas hoy, invitándolas también a ser solidarias con los inmigrantes y necesitados.

- **Cuidado y honra a los mayores:** Ante el reto de cuidar a los padres ancianos, las fuentes proponen la virtud de la honra y el respeto permanente, incluso cuando **"flaquea su mente"** (una situación que el texto compara con el mal de Alzheimer). Se enfatiza la responsabilidad de los hijos de prestar ayuda material y moral en los años de vejez, enfermedad y soledad.

- **El "uniforme" de la convivencia:** Para contrarrestar la violencia doméstica y la inestabilidad de las relaciones actuales, se propone un programa de virtudes que actúa como un "uniforme" distintivo: **misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión y capacidad de perdón**. El amor es el elemento clave que actúa como el "ceñidor de la unidad" en el hogar.

• **Fe y oración como sustento:** Las fuentes advierten que este estilo de vida no es fácil y no puede basarse solo en la buena voluntad. Requiere de la **fe y la oración** para superar las dificultades de la convivencia. La escucha de la Palabra de Dios y la participación en la Eucaristía permiten que la familia crezca como una **"iglesia doméstica"**, encontrando en Dios la fuerza para que cada palabra u obra sea realizada en nombre de Jesús.

Para comprender mejor esta propuesta, miremos a la Sagrada Familia como un **espejo**. Al reflejarnos en ellos, no solo reconocemos nuestras propias pruebas y dolores, sino que también encontramos las claves más profundas para transformar nuestra convivencia en un espacio más humano y digno.

6) **ORACIÓN COMUNITARIA:** *motivados por la Palabra y lo compartido realizamos nuestra oración comunitaria*

7) **ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitaria.